

ble; y así fue enterrado allí, con grandísima solemnidad y aplauso; porque quiere Dios que los que huyen de el mundo, viviendo en él, el mundo los busque en muerte para honrarlos y premiarlos; y así yace allí este santo cuerpo, en la capilla de aquel eremitorio. Dejó escritos de su mano algunos memoriales de vidas de algunos santos religiosos de su tiempo, de que en algo yo me he aprovechado para escribirlas, que van en esta larga historia y las he sacado con toda la puntualidad, conforme a sus memoriales, sin faltar en cosa alguna, porque siempre me he preciado de escribir verdades.

CAPÍTULO LXXI. *De la vida del venerable y santo varón de Dios, fray Domingo de Aréizaga, de esta provincia del Santo Evangelio*



EL VENERABLE VARÓN FRAY Domingo de Aréizaga fue natural de Villa Real, pueblo conjunto a Legazpi, en la raya de Guipúzcoa. Desde su niñez se crio en la ciudad de Vitoria, donde tomó el hábito en el convento de San Francisco de aquella ciudad, siendo muchacho de mucha simplicidad (como los hay y se crían en aquella tierra) luego que se ordenó de misa pasó a esta Nueva España, el año de 1554, con deseo de emplearse en la viña del Señor. El comisario que lo trajo (que después fue obispo de Yucatán, fray Francisco de Toral, primero apóstol y evangelizador de la lengua popoloca), conociendo la bondad y virtud de este mancebo, lo escogió y llevó consigo a la provincia de Tecamachalco (que es de los popolocas) para que aprendiese aquella lengua, la cual aprendió en muy breve tiempo; y sabida fue luego enviado al estudio donde, comenzando desde los primeros rudimentos de la gramática latina, prosiguió un curso de artes y otro de la sagrada teología; con todo lo cual salió muy doctamente, porque además de ser hombre de muy buen entendimiento, era de muy tenaz memoria (cosa muy necesaria para la adquisición de las ciencias) y ayudaba mucho a esto tener su ánima muy desnuda de otros cuidados, porque no los había en el pecho de este santo religioso sino de sólo servir a Dios y aprender las letras que tan doctamente le enseñaba el excelentísimo varón fray Francisco de Bustamante, que leyó sus cursos en el convento de Tecamachalco, donde el apostólico varón fray Domingo había aprendido la lengua de aquella nación y provincia, en la cual también aprovechaba a sus moradores, sin embarazarse ni impedirse de sus estudios, haciendo como el buen soldado Judas Macabeo, que con una mano jugaba y blandecía la espada contra los enemigos que venían a contradecirle la reforma de los muros de la ciudad de Jerusalén, y con otra acudía al reparo del edificio y muro de su pueblo. Perseguía este valeroso religioso al demonio con la espada de la palabra evangélica, con que doctrinaba a los nuevos y visos soldados de la milicia del Señor que, habiendo dejado los errados senderos de la idolatría, caminaban ya por los ciertos y conocidos de la ley de Dios,

capitaneados con esta su santa doctrina; y juntamente vacaba a los estudios de las sagradas ciencias, con maravilloso esfuerzo de su espíritu; de manera que con lo uno no cesaba en lo otro. Salió, en pocos años, muy buen letrado, y fue tenido en mucho su parecer y opinión. Fue creciendo en autoidad y merecimiento, tanto como en su aprovechamiento y religión. Era de rostro honesto y grave, y de muy autorizada persona y composición. Considerando, pues, los preladados superiores, la gravedad de su persona, el peso de su buen juicio y las muestras que daba de su extremado acierto, le encomendaron en veces las visitas de otras provincias, las cuales hizo a pie y con mucho crédito y aprobación de los moradores de ellas. Fue en esta de el Santo Evangelio dos veces guardián del convento de Mexico, y otras de otras muchas partes; fue otras dos veces difinidor, y otras dos provincial; los cuales oficios (en especial el de provincial) ejerció con suma aceptación de los religiosos y seglares. En la lengua bárbara que aprendió fue de los que mejor la supieron y en ella trabajó muchos años, confesando y predicando y rigiendo en lo espiritual a los nuevos convertidos. En el tiempo de su primer provincialato se determinó en el capítulo general, celebrado en París, año de 1578, que los generales de la orden fuesen octenios y los provinciales cuadrienios, añadiéndoles un año en su oficio y cargo; pero cuando llegó la noticia de este estatuto y constitución a las Indias, ya se había pasado el año y medio del provincialato del dicho padre fray Domingo, y había tenido su capítulo intermedio o congregación, en el convento de San Francisco de la Ciudad de los Ángeles, a la cual había presidido el prudentísimo prelado, que a la sazón era comisario general de esta Nueva España, fray Rodrigo de Sequera; después de la cual, luego inmediatamente, se fue a los reinos de Castilla el dicho padre comisario, y prosiguiendo con lo restante de su oficio el dicho padre fray Domingo, y pasando a las Filipinas frailes descalzos de la misma orden, a la conversión de las gentes chinas, que entonces andaba esta jornada muy fervorosa, encendiéndose el santo varón en espíritu de Dios; para pasar con ellos a sembrar su santa palabra entre ellos; y entregando el sello de la provincia al difinidor más antiguo, se pasó a la casa de hospicio, donde los siervos de Dios descalzos estaban hospedados. Pero pareciéndoles a los padres graves de la provincia, que era grande la pérdida que les venía en perderle, fueron allá y le trajeron con grandísimos ruegos, obligándole con muchas y muy eficaces razones que le dijeron. Y viéndose defraudado en su apostólico propósito, llamó a capítulo al cumplimiento del tiempo de los tres años y renunciando el uno, hizo elección de nuevo provincial, en la cual presidió él por no haber comisario en la tierra, con que quedó aliviado de la carga que por entonces le afligía. Después se ofrecieron negocios graves en la provincia; que obligaron a los padres graves de ella a enviarlo a España a su buen despacho y conclusión; lo cual hizo el siervo de Dios con grandísima puntualidad y obediencia, y volvió a las Indias, después de haberlos concluido y en lugar de dejarle descansar lo volvieron a elegir segunda vez, en ministro de la provincia; lo cual aceptó el varón de Dios con voluntad, pareciéndole que aquello debía de convenir; pues todos, sin discrepar ninguno de los vocales,

le habían elegido. Y acabado su trienio, a poco tiempo pasado, le volvieron a hacer guardián de San Francisco de Mexico, donde acabó la vida.

Muchas y muy escogidas virtudes pudiera relatar quien supiera mejor que yo considerar las de este siervo de Dios, así para el ornato de su persona, hábito y profesión, como para los oficios que ejercitó de prelado; pero acontecerme ha lo que al otro pintor, que mandándole pintar el rey Alejandro un gigante feroz y desemejado en un cuadro pequeño, de el tamaño de la palma de la mano, el discreto pintor hinchó el hueco de el cuadro, con la figura de un hombre fornido y fuerte; y otro a sus pies, muy débil y pequeñito, que con demostración de espanto y asombro le estaba midiendo con una vara el dedo pulgar del pie; representando en este ademán y asombro la desemejanza que aquel hombre hacía a los otros comunes y ordinarios de la naturaleza. No es posible, como digo, que en este pequeño cuadro y suma de la historia de este gigante varón pueda decir lo mucho que fue, ni cuán hombre entero y varonil se mostró en todo; pero con lenguaje corto, como con vara de espanto y asombro, decimos que demás de ser humilde, sincero, afable y benigno con todos, fue tan honesto por todo el espacio de su vida, que no se pudo sospechar de él palabra, ni pensamiento que maculase la integridad de su limpieza. No sabía tratar cosa de burlas, ni podía oír lo que era ajeno de verdad y razón; y jamás se le oyó palabra que tocase a la honra del prójimo. Era de grandísimo secreto y tanto que con traer compañero o secretario, siendo provincial, en extremo arreado entre otras muchas virtudes de ésta del secreto y silencio, que parece que era cortado al talle de su corazón, nunca escribía carta a sus súbditos, sino de su propia mano, porque entendiesen todos que no comunicaba con otro alguno las cosas que tocaban a sus frailes, por leves que fuesen. Si se considera bien esta virtud veremos que es muy propia de un prelado, porque muchas veces se acobarda un súbdito de manifestar su dolor y llaga a un prelado, sólo porque otro no sepa de que pie cojea, ni el mal que le fatiga. Y por ser esto tan necesario, dice Máximo Mártir en un sermón,¹ que amonestaba Sócrates a sus discípulos que por todo el tiempo de su vida guardasen tres cosas, sobre todas las del mundo. La primera, prudencia en el ánimo; la segunda, vergüenza en el rostro; y la tercera, silencio en la lengua. Bien guardó este aviso este excelentísimo varón, pues era prudente en su gobierno, vergonzoso y muy remirado en todo su trato y conversación, y muy secreto y callado en todos los negocios que hacía. Mostróse observantísimo de la santa pobreza y obligaciones de su regla. Nunca usó más vestido ni calzado del que por ella es concedido. En el andar a pie fue muy severo y continuo; y cuando se cansaba, arrimábase sobre el bordón, y parábase por un rato hasta que tomaba aliento y luego proseguía su camino; y con ser los caminos de sus visitas tan largos y continuos jamás subió a caballo. Permitía algunas veces en caminos ásperos y fragosos que el compañero fuese a caballo; porque no quería medir la tolerancia de las fuerzas ajenas con las suyas, ni hacer prueba de la fortaleza del espíritu del que le acompañaba. Poco después que dejó el oficio

¹ Max. in Serm. 41.

de provincial, esta segunda vez, le hicieron guardián de San Francisco de Mexico; y como de los muchos trabajos y caminos tan continuos (aunque era hombre robusto y fuerte) no pudo la carne (que como dice el santo Job,² no es de bronce) dejar de quedar sentida, molida y flaca, recreciósele una hinchazón o tumor en un pie que fue causa de perder la vida; porque como era poco regalado y traía los pies desnudos y los años eran ya sesenta, fue creciendo el humor y haciendo continuos los dolores; y por hacer alguna evacuación para relevar y mitigar parte de ellos tomó una purga; y otro día, después della (que es cuando más se ha de guardar el purgado) se levantó; y como no usaba de más ropa que la ordinaria y no se abrigó, pasmóse, y a otro día, a la misma hora, murió, con todos los sacramentos; que aunque su muerte fue en tan pocas horas de enfermedad fue en una muy grande y larga disposición de vida; cuya muerte (que fue a las siete de la mañana) se divulgó luego por la ciudad y envió a decir el virrey que entonces gobernaba que se dilatase su entierro hasta la tarde, porque se quería hallar presente. Hízose así, en el cual concurrieron frailes franciscos de todos los conventos comarcanos, a esta ciudad (que fueron muchos) y los de todas las órdenes y los obispos de Chiapa, don fray Andrés de Ubi-lla; y el de Guadalajara, don Francisco Santos García, que a la sazón se hallaron en la ciudad de Mexico, y la Audiencia y ciudad, con mucha clerecía y con tanto gentío, como si para un acto público y muy forzoso se hubiera llamado. Hizo el oficio de este entierro el obispo de Chiapa; y llegando revestido con la capa a las andas, donde estaba el santo cuerpo, le besó los pies con mucha devoción y reverencia; y lo mismo hicieron otros muchos teniéndolo por hombre santo y morador del cielo. Sacaron este santo cuerpo de la sacristía, donde le habían puesto en las andas, y haciendo procesión con él, por el claustro, salió por la portería al medio del patio y se depositó en la capilla de San Joseph, al pie de la grada del altar mayor, hasta que se acabase la iglesia nueva, que entonces se iba reedificando. Pero ordenólo Dios muy diferentemente; porque muriendo después algunos años el bendito fray Francisco de Gamboa (de quien adelante haremos memoria, que fue gran padre de los indios mexicanos y muy hijo de este apostólico varón) y pidiendo ser enterrado en la capilla de los indios, abrieron sepultura en la misma de fray Domingo, cuyos huesos (cuando fueron a echar en ella al difunto) comenzaron a tomar los circunstantes, con alaridos y voces infinitas, aclamando todos y diciendo ser reliquias de santo: Sacó la cabeza un religioso y aunque en el convento se tuvo por entonces en mucha veneración, fue corriendo de mano en mano y de pueblo en pueblo, hasta que llegó al de Tecamachalco, que era donde había servido a Dios y predicado a la gente de toda aquella provincia tantos años, donde fue enterrada con la decencia que tal varón merecía. Y se me ofrece considerar que no quiso Dios que la cabeza que viviendo se había ocupado tanto en las alabanzas de su servicio en aquella tierra estuviese fuera de ella, sino haciendo compañía a otros que por su doctrina y santas predicaciones había enviado al cielo; y por esto quiso que volviese a tener lugar de sepultura

² Job. 6.

a aquel donde también le había tenido para sus divinas alabanzas. Fue su muerte llorada, con particular sentimiento, confesando todos a una voz ser muy notable la falta que hacía su persona a las cosas de la religión y a la satisfacción del pueblo; pero como su ánimo era necesaria a lo que yo creo, para hinchir una de aquellas sillas de los predestinados, cuyo número ha de ser cumplido según está determinado en la voluntad de Dios, quiso que faltase en la tierra entonces (pues es cierto que en algún tiempo había de faltar) para que desde aquel día comenzase su ánimo a gozar del estado seguro y cierto de su salvación, como por lo que queda dicho de su vida, debemos piadosamente creerlo.

CAPÍTULO LXXII. *De otros excelentes varones de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY MIGUEL DE GORNALES FUE NATURAL de la isla de Mallorca. Vino a esta provincia del Santo Evangelio el año de 1555, de edad de veinte y ocho años; varón (aunque tan mozo) escogido entre millares de ciencia y santidad de vida. Puédese decir de este angélico varón lo que Alejandro de Ales solía decir del seráfico doctor San Buenaventura, que parecía no haber pecado Adán en aquel hombre. Luego en llegando a esta tierra leyó un curso de artes y teología, con tanta autoridad, destreza, gracia y aprobación de los oyentes, y de los demás hombres doctos de aquellos tiempos, como uno de los más famosos y consumados doctores del mundo. Y no hay de que espantarnos por esto, pues el Espíritu Santo,¹ que en él moraba y es verdadera sabiduría, abre la boca de los mudos y hace fecundas y elegantes las lenguas de los niños. Andaba tan ocupado en sus ejercicios que parecía no quedarle tiempo para tomar las necesidades corporales. Tenía seis horas de oración mental (que era su principal y continuo ejercicio) y componía juntamente unos comentarios que cada día daba a sus discípulos, por ser el texto de Orbello, que leía muy breve, los cuales comentarios o escolios, por estar llenos de mucha erudición e ingenio, los tienen muchos en grande estima y precio. Leía sus lecciones y tenía cada día sus normas y repeticiones y componía otros tratados de mucha substancia; lo cual (como otro Paulo)² podía bien hacer en aquel que lo confortaba. Celebróse en aquella sazón capítulo provincial en el convento de Huexotzinco; y como viniese a él de las partes de Xalisco el santo viejo ya ciego, fray Antonio de Segovia, y oyese la fama del bendito mancebo, comunicóse con él; conociéronse ambos los espíritus inflamados en el amor divino y quedaron con más deseo de comunicarse más por entero y de más cerca. Persuadió entonces el santo viejo al bendito mozo, que fuese a las partes de Xalisco que allá haría gran servicio a nuestro señor, y más fruto a las al-

¹ Sap. 10.

² Ad Phil. 4.